

Rebeca Recabarren

Domingo Melfi

Si fuera necesario incorporarse a uno de los sectores intelectuales en los cuales influyó la personalidad del señor Melfi, para expresar el sentimiento fino y agudo causado por su muerte, escribiría mi nombre entre aquellos que muchas veces, en marcha esforzada de vida, se detendrán un momento, respirarán hondo, alzarán la cabeza mirando con ojos entrecerrados y tenaces el camino que se abre como una proyección de los propios pasos y para renovar energías, volverán la mirada en el recuerdo, hacia quien les dió confianza en sí mismos y dirán: ¡Gracias, señor Melfi!

Voces sobradamente autorizadas, han trazado los contornos de la silueta de escritor y periodista de don Domingo y han puesto en orden vertical, su obra de líneas sobrias, elegantes, encerrando una acallada y latente pesadumbre. Pero la obra que un hombre deja morir, es lo que el tiempo y las circunstancias le permitieron entregar. Lo que se ha ido durmiendo en el fondo de su ser, doblegado por el tiempo, como un

vasto campo de espigas bajo la mano del viento, es lo más rico en sustancia vital. Es ese proceso de orientación hacia la realidad; ese surgir lento del «yo» desde el centro de los problemas que presenta la vida, hacia la periferia, hasta lograr separarse de ellos, contemplarlos en perspectiva y analizarlos con serenidad.

La expresión del espíritu de un hombre queda parcialmente en sus obras, pero el camino recorrido hacia la madurez, con angustias, dudas, desaliento, sueños y aquellos otros de afirmación de sí mismo y aguijonado por el impulso de realización que es la vida misma y que sólo cada individuo conoce, se pierde en el misterio.

Y allí queda lo que el hombre soñó realizar. Lo más entrañable y lo más amado de su espíritu, punto de convergencia de la experiencia de su vida, de sentimientos y sensibilidad. Lo más auténticamente propio, su lucha para dar estructura a su bagaje intelectual y las sutiles dificultades de forma o las más precisas de tiempo que no cristalizaron, queda en lo no realizado. Pero también lo no realizado, es juventud inextinguible del espíritu porque es energía que permanece en un aspecto del dolor del hombre y la acumulación de savia más densa. Es el anhelo de entregar, como un fruto completo y pulido, la plenitud del espíritu, ese punto de vista peculiarísimo de cada ser frente a la perspectiva de los hechos, subterráneo impulso del artista que anhela llegar en esta entrega hasta sus últimas consecuencias.

Por esto lo que se recuerda de los amigos con emoción más viva, es lo que anhelaron realizar y la vida no permitió. Frente al devenir de las circunstancias, esto significa la desolada impotencia del hombre.

Pausado y parco en palabras como todo individuo de intensa vida interior, don Domingo vivió siempre infinitamente más, dentro de sí, que en actuación externa. Lo dinámico y apasionado de su temperamento, quedaba concentrado en su mundo de inquietudes espirituales. Por esto, en contraste, su apariencia era algo fría y lisa como un alto muro resguardador.

Gustaba imaginarse a la orilla de un gran río, el de la vida en general, y limitarse a la contemplación y al análisis. Amaba el silencio de la propia conciencia, ese recinto que tiene algo de templo y de crepúsculo porque el hombre entra a él con pasos graves y porque es confidencial y sereno, ese acogerse a la sombra de sí mismo.

Y soñaba con escribir una novela psicológica. Le interesaba hondamente la complejidad de algunos sentimientos. Pero nunca encontró en el tiempo un ancho remanso realizador para este sueño, alimentado por una existencia vivida intensamente, con sensibilidad y corazón indefensos y siempre despierto por el aguijón inflexible que angustia al artista.

Creo ver en este sueño, un factor de los que formaban ese puente de generosidad sin trizaduras, que tendía hacia los escritores jóvenes a quienes infundía confianza, ánimo y facilitaba el camino. El era también

un joven escritor con el sueño de una novela psicológica. Abría una brecha en esa pesadumbre característica suya, que no lo hacía ni egoísta ni amargo, y surgía ante el amigo, un hombre estructurado por una experiencia intensa, dolorosa, candente, que daba frutos de generosidad.

Y era allí, en medio de luchas y sueños de rala confianza, donde vivía a plenitud este hombre férreamente apasionado, atraído por la vida y su belleza múltiple y eternamente renovada en color y profundidad. ¡Bien saben los que le conocían que su filosófica posición intelectual, era sólo como una valla frente al ímpetu joven y ávido de su espíritu! Defendía del desencanto ese último y recóndito espacio del alma, donde se alberga la capacidad de soñar, poderoso combustible de la vida.

Con amargura vibrante se lamentó muchas veces: ¡quién pudiera dedicarse sólo a escribir! cuando rebullía en su interior ese sedimento precioso que va dejando el transcurso del tiempo, en el espíritu, de problemas y soluciones, de notas exquisitas de la sensibilidad y de concepciones y formas artísticas.

Recordar el lamento de este hombre, duele mucho. Duele por el dolor que él experimentaba en momentos en que la vida interior toda, es como un torrente precipitado montaña abajo, hasta detenerse, hirviendo fieramente, en el puño de una represa; angustia de no alcanzar aún, dándose, la afirmación máxima de sí mismo. Y duele recordar su queja, por lo que él se llevó con-

sigo. La muerte ha venido y ha rasgado su inteligencia, como un niño una hoja de papel cubierta de anotaciones sutiles que no alcanzaron a sacarse en limpio.

A través de un grande y absurdo signo de interrogación, como el marco de una ventana, él vive, actúa: habla, buscando en la colaboración de la lejanía y de sí mismo, la expresión justa o el recuerdo; hunde los dedos en el cabello acerado, peivándolo en ademán que parece puntuación de sus pensamientos, apoya la barba en la mano y escucha. ¿Y lo que no ha dado don Domingo? ¿Lo que no ha realizado? Todo eso... todo?

Sonríe; los párpados descienden y vibran levemente: ¡Lo hará otro! ¡Lo dirá otro! ¡Si entre los jóvenes hay muy buenos escritores, vigorosos, recios, personalidades muy interesantes...!

La interrogación se cierra como una ventana. Se ha ido. Seguramente, lo que no alcanzó a dar, es como un vasto campo de espigas maduras que nadie segará, dormidas sobre la tierra, en sueño prematuro, con su tesoro inútil.

Pero son muchos los que caminan por ese proceso de madurez intelectual que él tan bien conoció. Muchos los que alguna vez se detendrán en el camino, fatigados, solos y sentirán la necesidad de su presencia, del estímulo que significó el esfuerzo enérgico de liberación de su espíritu, de pequeñeces, de su generosidad cálida, de su plenitud intelectual y humana que creaba en torno a él, una atmósfera serena, elevada, al mismo tiempo madura y joven con frescura de sentimientos.

Atmósfera desde la cual se miraba en abiertos horizontes, la proyección de inquietudes y esperanzas del hombre, para volver después a la propia vida, como en descenso de una personalidad superior.

Son muchos los que recordarán que ese descenso a la palestra diaria, se efectuaba con renovada valentía y más renovado impulso. Recordarán su tranquila palabra de aliento, se pondrán de pie y continuarán la marcha. Y este mensaje de su corazón de hombre y de artista, lo que en largo eco, despertará la más fina y selecta gratitud.